

Alborotóse de nuevo Madrid con el júbilo de aquel triunfo, y buscó, sediento de venganza, á los hombres fatales causa de tantos disturbios y atropellos: tuvieron los ministros caidos la buena suerte de poder ocultarse, huyendo de este modo á una muerte casi cierta, pues el capitán general Quesada, que fué alcanzado por el pueblo en Hortaleza, fué víctima del coraje popular, y acribillado de heridas, expió con su muerte los atropellos y crueldades que en Madrid cometiera.

El día 17 hizo su entrada en Madrid la Reina Gobernadora con sus dos hijas, entre numerosas aclamaciones del pueblo. El partido moderado calumnió aquella revolución, á la que puso el nombre de sublevación de la Granja, para hacerla odiosa por los recuerdos que pudiera escitar la coacción que se supuso habían ejercido sobre la Reina los sargentos de la Guardia Real, llegando hasta suponer con notable falsedad que aquellos habían obedecido á las sugerencias y corrupción de Mendizábal, que sin embargo, no tuvo en ello la menor parte. Con esto se quiso dar á entender que sólo había sido un motín militar lo que realmente fué una revolución universal en todo el Reino, y que como se ha visto, tuvo su verdadero origen en Málaga.

El partido moderado, rencoroso enemigo de las libertades populares, y por lo mismo del sábio código político de Cádiz, quiso, pues, achacar el triunfo de éste, y por consiguiente la derrota de la inmoral dominación del Ministerio Istúriz, á un origen tan pobre y bastardo, hijo de la violencia. La historia quedó, sin embargo, para atestiguar en todo tiempo que el clamor universal de toda España y su aborrecimiento á los moderados, fué lo que ocasionó aquel cambio reparador, y la victoria de las ideas liberales. Esto no fué en realidad más que una justa reparación dada por el pueblo al Gobierno de Mendizábal, derribado poco tiempo antes por los amaños y las intrigas palaciegas: reparación que exigían las medidas salvadoras y conducta eminentemente sábia y patriótica de aquel Gobierno.

El Ministerio nuevamente nombrado lo componían Calatrava, respetable por su saber y probidad, Ferrer, Gil de la Cuadra, el marqués de Rodil y Landero, pero poco después se modificó entrando Lopez en Gobernación y Mendizábal en Hacienda, todos ellos hombres bien conocidos por sus ideas avanzadas.

Dejando por ahora el tratar de la marcha política y administrativa de este Ministerio, que nos ocupará más adelante, retrocedamos para dar una idea, siquiera sea sucinta, de los acontecimientos de la guerra civil, cada vez más ardiente, cada vez más temible, sobre todo en las provincias del Norte.

El general Córdova, que tenía el mando superior del ejército de Isabel II en aquellas provincias, disgustado por el giro que la Revolución había tomado y profesando ideas bastante templadas, resignó el mando que se le había encomendado, y se marchó á Francia para no servir á la Revolución. El Gobierno entonces nombró para sustituirle al general Espartero, bien conocido ya por su campaña en América, y que además se había distinguido ya en la guerra civil desde el principio de ella consiguiendo brillantes victorias. Este jefe era generalmente estimado en el ejército por su amor al soldado, su valor personal y sus